

después se encargará de las suyas. Como se navega en sentido opuesto, el continente de que vos venís es el continente adonde yo voy. Yo me encargo de vuestras cartas y vos de las mías. La barrica está atada al poste con una cadena, y que llueva, que nieve, que granice, que haya un mar de todos los demonios, la barrica tiene una buena tapa con visagras, sin cerraduras y sin candados, y allí permanece inmóvil. Se puede escribir a los amigos. Las cartas llegan.

—Eso es muy curioso, murmuró Clubin pensativo.

—Supongamos que el bribon de Zuela me escribe, que mete un baturrillo de palabras en la barrica de Magallanes; pues dentro de cuatro meses están en mi poder las cartas de ese tunante. Pero hablando de otra cosa, capitán Clubin, resueltamente partís mañana?

Clubin, absorto en cierta especie de sonambulismo, no oyó lo que le preguntaba el capitán Gertrais.

Este repitió la pregunta.

Clubin se despertó.

—Sí, capitán; parto mañana.

—No partiría yo si estuviera en vuestro pellejo. La piel de los perros siente el pelo mojado. Hace dos noches que las aves marítimas dan vueltas alrededor del faro, y esto es mala señal; yo tengo un *estorm glass* que también dá vueltas. Nos encontramos en el segundo octante de la luna, que es el máximo de humedad. He visto hace poco pimpinelas que cerraban sus hojas y un campo de tréboles que tenían los tallos rectos. Las lombrices salen de la tierra, las moscas están pesadas, las abejas no se alejan de la colmena, los gorriones conferencian. Se oye el tañido de las campanas desde muy lejos. He oído esta tarde el toque del Ave-María de Saint-Lunaire. El sol, al ponerse, estaba pálido. Mañana tendremos niebla densa. Me hace más miedo la niebla que el huracán; la niebla es páfida. Os aconsejo que no partais mañana.

LIBRO SEXTO.

El timonel borracho y el capitán sóbrio

I.

Los peñascos Douvres.

Cerca de cinco leguas, en alta mar, al Sur de Guernesey, frente a frente de la punta de Pleymont, entre las islas de la Mancha y Saint-Malo, hay un grupo peligrosísimo de escollos que se llaman los peñascos Douvres.

El punto de Francia más inmediato al peñasco Douvres es el cabo Breand. El peñasco Douvres está algo más lejos de la costa de Francia que de la primera isla del archipiélago normando. La distancia de este escollo a Jersey se mide aproximadamente por la gran diagonal de Jersey: si esta isla girase alrededor de la Corbiere como alrededor de un gozne, la punta de Santa Catalina iría casi a tropezar con los Douvres, que distan más de cuatro leguas.

En los mares de la civilización las rocas más salvajes rara vez están desiertas. Se encuentran contrabandistas en Hagot, aduaneros en Binic, celtas en Breat, cultivadores de ostras en Calcaele, cazadores de conejos en Cesambre, cogedores de rustáceos en Brecqhon, pescadores de redes en Minquiers y también en Ecréhou. En los peñascos Douvres nadie habita.

Las aves marítimas están allí en su casa.

No hay choque tan terrible como el de estos peñascos. Ni los Casquets ni ningún otro de los bancos ni de los bajos del mar producen tan horrosas catástrofes. Valdria más chocar con todos ellos a la vez que chocar en el peñasco Douvres.

En todo el peligroso mar de la Mancha, que es la mar Ejea del Occidente, solo iguala en inspirar terror al peñasco Douvres el peñasco Pater-noster, que está situado entre Guernesey y Serk. Pero al menos desde Pater-noster se puede hacer alguna señal; en los casos apurados puede esperarse allí algún socorro; desde allí se vé por la parte del Norte la punta Dicard y por la del Sur Grós-Nez. Pero desde el peñasco Dou-

vres no se vé nada más que las ráfagas, el agua, las nubes, lo ilimitado. Solo el que vá perdido pasa por allí. Su granito es de una estructura brutal y repugnante; allí no hay más que barrancos y escarpaduras; allí reina la severidad inhospitalaria del abismo. Están en alta mar y el agua es allí inmensamente profunda. Es una especie de vasta madrepora submarina. Es un laberinto inundado. Allí, a una profundidad a que no llegan los buzos, hay antros, cuevas, grutas, encrucijadas y cruzamientos de calles tenebrosas. Allí pululan monstruosos animales. Vagan por aquella oscuridad formas espantosas, creadas para no ser vistas por ojos humanos. Confusos lineamientos de bocas, de antenas, de tentáculos, de aletas natatorias, de mandíbulas abiertas, de escamas, de garras, de tenazas, flotan allí y tiemblan, se desarrollan, se descomponen y se borran en la transparencia siniestra. Se remolinan allí espantosos enjambres de nadadores. Aquello es una colmena de hidras. Es el ideal de lo horrible.

Ver el interior del mar es ver la imagen de lo desconocido por su lado terrible. El abismo es análogo a la noche; allí existe también el sueño, aparente al menos, de la conciencia de la creación. Allí se perpetran con seguridad completa los crímenes de la irresponsabilidad. Allí, en medio de una paz horrible, los esbozos de la vida, casi fantasmas, pero verdaderos demonios, se entregan a las feroces ocupaciones de la oscuridad.

Hace cuarenta años, dos rocas de forma extraordinaria señalaban desde lejos el escollo Douvres a los pasajeros del Océano. Eran dos puntas verticales, agudas e inclinadas, que casi se tocaban por su extremidad. Se creía ver en ellas los dos colmillos de un elefante tragado, sobresaliendo en el mar. Aquellas dos torres naturales de la oscura ciudad de los monstruos solo dejaban entre ellas un estrecho pasaje, en el que se retorciaban las olas. Este pasaje, que era tortuoso y que tenía en su longitud muchos recodos, se parecía a un pedazo de calle entre dos paredes. Estas dos rocas gemelas se llamaban la Douvres mayor y la menor; la una era de sesenta piés de altura y la otra de cuarenta. El choque continuo de las olas acabó por desmoronar su base, y los violentos ventarrones equinocciales del 26 de Octubre de 1859 derribaron una de ellas. Queda la más pequeña, pero está truncada.

Una de las rocas más extrañas del

grupo Douvres se llama el *Hombre*, y actualmente aun subsiste. En el siglo pasado algunos pescadores extraviados en aquellas rompientes encontraron en lo alto del peñasco un cadáver. Al lado del cadáver vieron multitud de almejas vacías. El naufrago que se refugiaria allí probablemente moriría de hambre, después de alimentarse algun tiempo con las almejas que estarían a su alcance.

Este es el origen de llamarse dicho peñasco el *Hombre*.

Las soledades del agua son lúgubres. Domina en ellas el silencio, mezclado con el tumulto. Lo que en ellas pasa no atañe ya al género humano y es de utilidad desconocida.

Tal es el inmenso aislamiento del peñasco Douvres; desde allí, en cuanto alcanza la vista, solo descubre el movimiento incesante de las olas.

II.

Aguardiente inesperado.

El viernes por la mañana, al día siguiente de partir la *Tamaulipas*, la *Duranda* se hizo a la vela para Guernesey. Zarpó de Saint-Malo a las nueve.

El tiempo estaba sereno y sin nubes; el veterano capitán Gertrais sin duda chocheaba.

Las preocupaciones del señor Clubin le impidieron sin duda practicar su cargamento y solo embarcó algunos artículos de Paris para las tiendas de comercio de Saint-Pierre Port y tres cajas para el hospicio de Guernesey: una de jabon ordinario, otra de velas y otra de cuero y de becerro francés. De su anterior cargamento se volvía a llevar una caja de azúcar terciado y tres cajas de té verde, que la aduana francesa no quiso admitir. Embarcó poco ganado; solo algunos bueyes, que estaban en la sentina estimados con bastante negligencia.

Habia a bordo seis pasajeros: un guernesiano, dos habitantes de Saint-Malo, un turista, un parisiense de la clase media y un americano que viajaba repartiendo Biblias.

Además del capitán Clubin, la *Duranda* tenía siete hombres de tripulación: un timonel, un marinero carbonero, otro carpintero, un cocinero, que en casos necesarios ayudaba a las maniobras; dos fogoneros y un grumete. Uno de los fogoneros era al mismo tiempo maquinista. Era negro, holandés, bravo, inteli-

gente; se había fugado de los ingenios de azúcar de Lurinan y se llamaba Imbrancam. Comprendía y servía admirablemente la máquina. Cuando se inauguró el buque contribuyó en gran parte, viéndole negro entre el fuego y el humo, á dar aspecto diabólico á la *Duranda*. El timonel se llamaba Tangrouille. Era de alta nobleza. Las islas de la Mancha son, como Inglaterra, un país gerárquico. Allí existen aun dos castas. Cada casta tiene su idea, que es la que defiende. Las ideas de las castas son las mismas en todas partes. Lo mismo en la India que en Alemania. La nobleza se conquista con la espada, se pierde por el trabajo y se conserva con la ociosidad. No hacer nada es vivir noblemente; el que no trabaja es *honorable*. Dedicarse al trabajo es decaer. En el archipiélago de la Mancha, lo mismo que en la Gran-Bretaña, el que quiere continuar siendo noble tiene que permanecer siendo rico; un workman no puede ser gentleman. Si lo ha sido, ya no lo es. Tal ó cual marinero desciende de *baronets* y no es más que un marinero. Treinta años atrás, en Auriny, un Gorjes auténtico, que había tenido derechos al señorío de Gorjes, que conquistó Felipe Augusto, recogía ovas y fuco en el mar enteramente descalzo.

En un caso parecido se encontraba el timonel de la *Duranda*.

Tangrouille conservaba una antigua cualidad de hidalgo, que era un defecto grave en un timonel; se embriagaba. Pero el señor Clubin se obstinaba en no despedirle, y respondía de él á Mess Lethierry, porque el timonel no salía jamás del buque y dormía á bordo.

La víspera de la partida, cuando el señor Clubin, á hora bastante avanzada de la noche, pasó revista al buque, estaba durmiendo en su hamaca.

Durante la noche Tangrouille se despertó; era su costumbre nocturna. Todos los borrachos que no son dueños de sí mismos tienen un escondrijo. El timonel tenía el suyo, que llamaba despensa, y su despensa secreta la tenía en la sentina; la colocó allí por ser sitio disimulado, estando seguro de que nadie conocía su escondrijo. El capitán Clubin, como era sóbrio, era severo. El ron y la ginebra que el timonel podía librar del vigilante acecho del capitán, lo reservaba en un rincón misterioso de la sentina, en el fondo de una cuba ancha, y casi todas las noches tenía citas amorosas con las botellas. Como la vigilancia era

rigurosa, la orgía de Tangrouille era pobre, y ordinariamente sus excesos nocturnos se limitaban á echar furtivamente dos ó tres tragos. Eso cuando la despensa no estaba vacía. Aquella noche Tangrouille encontró en su escondrijo una botella de aguardiente inesperada. Tuvo gran alegría, pero mayor admiración. Le caía del cielo aquella botella? No recordaba cómo ni cuándo la había traído el buque. Pero se la bebió en seguida, hasta cierto punto por prudencia, temiendo que se la descubriesen y se la escamoteasen. Luego arrojó el casco al mar. Al día siguiente, cuando se puso en el timon, oscilaba.

Le gobernó, sin embargo, como de ordinario.

Ya sabemos que Clubin aquella noche se fué á la posada Jean, donde se acostó.

Clubin llevaba siempre debajo de la camisa un cinto de viaje, de cuero, en el que guardaba unas veinte guineas por si las necesitaba, y solo se lo quitaba durante la noche. En el interior de dicho cinturón escribió su apellido de su puño y letra con tinta litográfica, que se conserva indeleble.

Cuando se levantó, antes de hacerse á la vela el buque, metió en el cinto la cajita de hierro que contenía los setenta y cinco mil francos en billetes, y despues, como acostumbraba, se lo ató á la cintura.

III.

Conversaciones interrumpidas.

El buque partió alegremente. Los viajeros, en cuanto colocaron en su sitio las maletas y los abrigos, pasaron al buque la revista que es de rigor. Dos de ellos, el turista y el parisiense, no habían visto nunca un buque de vapor, y en cuanto dieron las ruedas las primeras vueltas, se quedaron admirando la espuma que lanzaban y despues el humo de la chimenea. Examinaron pieza por pieza en la cubierta y en el sollado los aprestos marítimos de argollas, grapas, ganchos y pernos. Se pasearon alrededor del cañoncito de alarma, que estaba amarrado á la cubierta con una cadena como un mastin, segun dijo el turista, y abrigado, como dijo el parisiense, con blusa de lana embreada para no tomar un catarro. Cuando el buque se alejó de tierra empezaron entre los pasajeros las observaciones acerca de la perspectiva de Saint-Malo, emitiendo

uno de ellos el axioma de que las cercanías del mar engañan de tal modo, que á una legua de la costa nada se parece tanto á Ostende como Dunkerque.

En el mar dominaba vasta calma. La estela formaba en el Océano detrás del buque una calle larga orlada de espuma, que casi sin torcerse se prolongaba hasta perderse de vista.

Guernesey se halla en medio de la línea recta que pudiera tirarse desde Saint-Malo en Francia á Exeter en Inglaterra. En el mar la línea recta no es siempre la línea lógica. Sin embargo, los vapores tienen hasta cierto punto el poder seguir la línea recta que no es posible á los buques de vela.

El mar, complicado por el viento, es un compuesto de fuerzas.

El buque es un compuesto de máquinas. Las fuerzas son máquinas infinitas, las máquinas son fuerzas limitadas. Entre los dos organismos, uno inagotable y otro inteligente, se empeña el combate que se llama navegacion. La voluntad de un mecanismo sirve de contrapeso á lo infinito. Lo infinito contiene tambien un mecanismo. Los elementos saben lo que hacen y á dónde van. Ninguna fuerza es ciega. El hombre debe espiar las fuerzas y procurar descubrir su itinerario.

Mientras que se encuentra esta ley, la lucha continúa, y en esta lucha la navegacion por medio de vapor es una especie de victoria perpétua que el género humano alcanza constantemente en todos los puntos del mar. Esta navegacion disciplina al buque, disminuye la obediencia al viento y aumenta la obediencia al hombre.

Jamás la *Duranda* había trabajado en el mar mejor que aquel día. Andaba maravillosamente.

Hacia las once, cuando soplabá una brisa fresca del Noroeste, la *Duranda* estaba engolfada delante de los Minquiers, con poco vapor, con rumbo al Oeste, con amarras á estribor y ciñendo el viento. El tiempo seguía claro y espléndido. Sin embargo, los faluchos se volvían á la costa.

Poco á poco, como si todo el mundo pensase á un tiempo en entrar pronto en el puerto, el mar se vaciaba de buques.

La *Duranda* no seguía con todo rigor el rumbo de otras veces. La tripulacion no era preocupada y tenía absoluta confianza en el capitán, pero conocía que tal vez por culpa del timonel se desviaba algo. La *Duranda* más parecía dirigirse

á Jersey que á Guernesey. Despues de las once el capitán rectificó la direccion y encaró francamente la proa á Guernesey. Se perdió poco tiempo, pero en los días cortos perder el tiempo tiene sus inconvenientes. Brillaba el sol hermoso de Febrero.

Tangrouille no tenía seguros los piés ni los brazos firmes, de lo que resultaba que declinaba el rumbo y aflojaba la marcha del buque.

El viento había cesado casi del todo.

El pasajero guernesiano encaraba su antejo de vez en cuando contra una vedija de bruma cenicienta, que empujaba lentamente el viento hácia el Oeste en el horizonte, cuya vedija se asemejaba á un copo de algodón lleno de polvo.

El capitán Clubin tenía la fisonomía austera y puritana de ordinario, pero redoblaba su atencion.

Todo era apacible y casi riente á bordo de la *Duranda*; los pasajeros no dejaban de conversar. Cerrando los ojos en una travesía, puede juzgarse del estado del mar por el *trémolo* de las conversaciones. La completa libertad del pensamiento de los pasajeros responde de la completa tranquilidad de las aguas. Es imposible, por ejemplo, entablar una conversacion como la siguiente no estando el mar tranquilo:

—Fijaos en esa mosca verde y roja.

—Parece que se haya cansado en el mar y que descanse en el navío.

—Las moscas se cansan poco.

—Es verdad; son muy ligeras. El viento las lleva donde quiere.

—Un curioso pesó una onza de moscas, despues las contó, y vió que había seis mil doscientas sesenta y ocho.

El guernesiano del antejo se acercó á los mercaderes de bueyes de Saint-Malo y les dijo lo siguiente:

—El buey de Aubrac tiene el cuerpo redondo y rechoncho, las piernas cortas y el pelo salvaje. Es lento en el trabajo, por tener las piernas cortas.

—Bajo ese punto de vista el buey de Salers es preferible al de Aubrac.

—Yo no he visto más que dos bueyes hermosos en mi vida. El primero tenía las piernas bajas, la parte delantera gruesa, el cuarto trasero lleno, las nalgas anchas, bastante longitud desde la nuca á las ancas, largo el crucero, los movimientos sueltos, el pellejo poco adherido. El segundo presentaba todas las señales de haber sido engordado juiciosamente. Cuerpo carnosó, fuerte, piernas

ligeras, color blanco y rojo, buenos cuartos traseros.

—Era de la raza cotentina?

—Sí, pero mezclada con el toro augus ó con el toro ruftolk.

—En el Mediodía celebran concursos de asnos.

—De asnos?

—Así como suena. Cuanto más feos, son más hermosos.

—Lo mismo sucede con los mulos. Prefieren los más feos.

—Es verdad. Prefieren el jumento poitevino, que es ventruado y tiene las piernas gruesas.

—También la mejor mula es la más gorda.

—La belleza de las bestias no es como la de los hombres.

—Es verdad.

—Yo estoy por las mujeres bonitas.

—Yo por las elegantes.

El turista y el parisiense hablaban con el americano que repartía Biblias. Su conversación también era un barómetro que marcaba el buen tiempo.

—Vais á saber, decía el turista, cuánto tonelaje hay en el mundo civilizado: á Francia le corresponden 706.000 toneladas, á Alemania 1.000.000, á los Estados Unidos 500.000, á Inglaterra 5.505.000; á esto hay que añadir el contingente de las naciones pequeñas, con lo que resulta un total de 12.904.000 toneladas, distribuidos en 145.000 embarcaciones diseminadas por todos los mares del globo.

El americano interrumpió al turista, replicándole:

—Los Estados Unidos son los que embarcan 5.500.000 toneladas.

—Eso será, le contestó el turista. ¿Sois americano?

—Sí.

—Me lo había figurado.

Hubo una pausa en el diálogo, durante la cual el americano misionero pensó si sería ocasión de ofrecer alguna Biblia.

La vedija de bruma que se veía en lontananza en el horizonte había ido creciendo. Ocupaba un segmento de unos quince grados. Parecía que era una nube que la falta del viento arrastraba sobre el agua. El mar estaba en calma, límpido como un espejo. No era aun el medio día y el sol estaba pálido; alumbraba, pero no calentaba.

—Creo, dijo el turista, que el tiempo vá á variar.

—Quizás llueva, contestó el parisiense.

—O sobrevenga la niebla, repuso el americano.

Al dar las doce, según era costumbre en el archipiélago, la campana llamó á comer á los pasajeros. Unos fueron á la mesa y otros, que llevaban provisiones en fiambreras, comieron alegremente sobre cubierta. Clubin no probó ni un solo bocado. Durante la comida las conversaciones siguieron su curso.

El guernesiano, que oía las Biblias, se acercó al americano; aquel le preguntó:

—Conoceis estos mares?

—Sin duda; pertenezco á ellos.

—También yo, contestó uno de los vecinos de Saint-Malo.

El guernesiano se adhirió por medio de un saludo y repuso:

—Ahora estamos en alta mar, pero no quisiera ver niebla como las vimos cuando fuimos hácia los Minquiers.

El americano dijo al de Saint-Malo:

—Los isleños conocen más el mar que los ribereños.

—Es verdad; no podemos compararnos con ellos los de las costas.

—¿Qué son los Minquiers? preguntó el americano.

—Peñascos muy terribles.

—También lo son los Grebets, repuso el guernesiano.

—Ya lo creo.

—Y las Chonas.

—Si vamos á contar todos los escollos, contestó el de Saint-Malo riendo, también existen los Salvajes.

—Y los Monjes, observó el guernesiano.

—Y el Canard.

—¿Tenemos que atravesar toda esa multitud de rocas? preguntó el turista.

—No; las hemos dejado detrás de nosotros.

El guernesiano prosiguió:

—Entre peñascos grandes y pequeños, los Grebets tienen cincuenta y siete puntas.

—Los Minquiers cuarenta y ocho, contestó el de Saint-Malo.

—Me parece que dejais de contar tres rocas.

—Las cuento todas.

—¿Desde la Derée hasta la Maltrelle?

—Sí.

—Y las Casas?

—Sí, las siete rocas que hay en medio de los Minquiers.

—Veo que conoceis bien los escollos.

—Si no los conociese no sería de Saint-Malo.

—Me gusta oír razonar á los franceses.

El de Saint-Malo dió las gracias por medio de un saludo y añadió:

—Los Salvajes son tres peñascos.

—Y los Monjes dos.

—Y el Canard uno.

—Es claro; por eso tiene el nombre en singular.

—Eso no es regla, porque la Luarde también lo tiene y consta de cuatro rocas.

—A qué llamais la Luarde? preguntó el guernesiano.

—Llamamos la Luarde á lo que vosotros llamais las Chonas.

—Es peligroso pasar entre las Chonas y el Canard.

—Por allí no pasan más que los pájaros.

—Y los peces.

—No tanto, porque cuando hay tempestad se pegan á las piedras.

—Hay mucha arena en los Minquiers.

—Sí, alrededor de las Casas.

—Que son ocho rocas que se ven desde Jersey.

—Justo, desde la playa de Acette. Pero no son ocho, sino siete.

—Cuando está la marea baja se puede pasear por los Minquiers.

—Sí, porque en parte se quedan secos.

—Y los Dirouilles?

—Los Dirouilles no tienen nada de común con los Minquiers.

—Lo digo porque también son peligrosos.

—Están por la parte de Granville.

En aquel instante una voz de trueno gritó:

—Estás borracho!

IV.

En el que se desarrollan las buenas cualidades del capitán Clubin.

Todos volvieron la cabeza al oír la anterior exclamación, que lanzó el capitán interpelando al timonel.

El señor Clubin no tuteaba á nadie; para dirigir á Tangrouille semejante apóstrofe era preciso que estuviese encolerizado ó que quisiera parecerlo.

Hay arranques oportunos de cólera que libran de responsabilidad y algunas veces la transfieren á otro.

El capitán, de pié entre los dos tambores, miraba fijamente al timonel y repetía entre dientes:

—Borracho!

Tangrouille bajó la cabeza.

La niebla se había desarrollado y ya ocupaba casi la mitad del horizonte. Avanzaba á la vez en todas direcciones; hay en la niebla algo análogo á la gota de aceite, y se dilata insensiblemente. El viento la impelia sin precipitación y sin ruido, y ella tomaba poco á poco posesión del Océano. Venía del Noroeste y el buque la tenía delante de la proa. Se recortaba en el mar como una muralla. Había en ella un punto preciso en el que el agua inmensa entraba bajo la niebla y desaparecía.

El punto de entrada en la niebla estaba aun á media legua de distancia del buque. Si cambiara el viento pudiera acaso evitarse la inmersión en la bruma; pero para evitarla necesitaba que variase en seguida. La media legua de intervalo disminuía de un modo visible. La *Duranda* andaba y la niebla también. La niebla iba hácia el buque y éste hácia aquella.

Clubin mandó dar más fuerza al vapor y virar al Este.

Costearon de este modo algun tiempo la niebla, pero ella seguía siempre avanzando. Sin embargo, el sol iluminaba todavía al buque.

Perdían tiempo en esas maniobras, que difícilmente podrían tener buen éxito, porque la noche llega muy pronto en Febrero.

El guernesiano, que estaba contemplando la bruma, dijo á los vecinos de Saint-Malo:

—¿Qué maldita niebla!

—Esa es una verdadera suciedad del mar, observó uno de los de Saint-Malo.

El otro añadió:

—Suciedad que puede echar á perder un viaje.

El guernesiano se acercó á Clubin y le dijo:

—Capitán, temo que nos vá á alcanzar la niebla.

Clubin respondió:

—Pensaba quedarme en Saint-Malo, pero me aconsejaron que partiese.

—¿Quién?

—Marinos viejos.

—Pensándolo bien, replicó el guernesiano, no hicisteis mal en partir hoy. ¿Quién sabe si mañana estallará la tempestad? En esta estación hay que esperar siempre ir de mal en peor.

Pocos minutos después la *Duranda* entraba en el banco de bruma. Aquel fué un instante singular. Repentinamente los que estaban en la popa dejaron de

ver á los que hablaban en la proa. Una especie de cerrazon blanda y cenicienta dividió el buque en dos; despues, entero éste, se sumergió en la bruma.

El sol se les apareció de color lívido. De pronto todos empezaron á tiritar. Los pasajeros se pusieron los abrigos y los marineros los capotones. El mar, que no formaba ni un pliegue, aparecia con la fria amenaza de la tranquilidad. Parece que haya mala intencion oculta en el exceso de calma. Todo estaba pálido y descolorido. La chimenea negra y el humo negro luchaban contra la claridad lívida que envolvía al buque.

La derivacion hácia el Este carecia ya de objeto. El capitán dirigió la proa hácia Guernesey y aumentó la fuerza del vapor.

El pasajero guernesiano, que se paseaba alrededor de la máquina, oyó que el negro Imbrancam hablaba con el fogonero, y se puso á escuchar. El negro decia:

—Esta mañana, cuando brillaba un buen sol, andábamos despacio, y ahora que nos envuelve la niebla caminamos de prisa.

El guernesiano se acercó otra vez al señor Clubin.

—Capitán, le dijo, si no hay cuidado, por qué dais tanto vapor á la máquina?

—Porque es preciso que ganemos el tiempo que nos ha hecho perder el timonel, que está borracho.

—Es verdad.

—Tengo prisa en llegar, añadió Clubin. Nos basta tener que luchar con la niebla, sin tener que luchar con la noche.

El guernesiano se unió á los dos vecinos de Saint-Malo y les dijo:

—Tenemos excelente capitán.

De vez en cuando grandes oleadas de bruma sobrevenian pesadamente y tapaban el sol; éste resplandecia cada vez más pálido. El poco espacio de cielo que se entreveia parecia el cielo sucio y manchado de aceite de una decoracion vieja de teatro.

La *Duranda* pasó cerca de un falucho, que por prudencia habia echado el ancla. Este falucho era el *Shealfiel* de Guernesey. El patron del falucho notó la velocidad que llevaba la *Duranda*, y le pareció, además, que no seguia el derrotero exacto; creia que se apoyaba demasiado hácia el Oeste. Le llenó de asombro ver que un buque navegaba á todo vapor envuelto en la niebla.

Á las dos de la tarde era tan densa la

bruma, que el capitán dejó su puesto y se acercó al timonel. El sol se habia desvanecido; todo lo ocupaba la niebla. Se distinguia alrededor de la *Duranda* una especie de oscuridad blanca. Se navegaba dentro de la palidez difusa. No se veia ya el cielo ni el mar: no soplaban ningun viento.

El barril de trementina, que estaba colgado de una argolla bajo de los tambores, ni siquiera oscilaba.

Los pasajeros quedaron silenciosos.

Sin embargo, el parisiense entonaba entre dientes la cancion de Beranger: *Dios, despertándose un día.*

Uno de los de Saint-Malo le preguntó:

—Venís de París?

—Sí, señor.

—Qué hacen en París?

—En París todo anda revuelto.

—Entonces la tierra está como el mar.

—Verdaderamente nos rodea una niebla inoportuna.

—Y que puede ocasionar desastres.

El parisiense exclamó:

—Para qué queremos las desgracias?

Todos los desastres son como el incendio del Odeon, que solo sirven para arruinar á las familias. Eso no es justo. No sé cómo pensais vos, pero á mí los desastres me desagradan.

—Y á mí.

—Todo lo que pasa en el mundo me causa el efecto de una cosa que se desconcierta. Creo que estamos dejados de la mano de Dios. Dejados de la mano de Dios, que no se acuerda de nosotros para nada. Así vá ello. Es indudable que los negocios del mundo están á cargo de algun vicario de la Providencia, de algun ángel seminarista, que estropea todo lo que dirige.

El capitán Clubin, que se habia acercado á los dos pasajeros que seguian el anterior diálogo, poniendo una mano en el hombro del parisiense, le dijo:

—Silencio! Os suplico que midais vuestras palabras. Estamos en el mar.

Nadie volvió á desplegar los labios.

Cinco minutos despues el guernesiano, que habia oido lo anterior, murmuró al oido del de Saint-Malo:

—Es un capitán excelente y religioso.

No llovía y sin embargo todos estaban mojados, y solo se daban cuenta del camino que iban andando por el aumento de malestar que experimentaban. La niebla hace callar al Océano, adormece las olas y ahoga el viento. En medio de tan sombría calma, la respiracion de la

Duranda tenia un no sé qué de inquieto y quejumbroso.

No encontraban ninguna embarcacion. Si á lo lejos, por la parte de Guernesey ó la de Saint-Malo, hubiese habido algunos barcos en el mar fuera del espacio que ocupaba la niebla, no hubieran podido ver á la *Duranda*, que estaba sumergida en la bruma, y su largo penacho de humo les hubiera causado el efecto de un cometa negro sobre un cielo blanco.

De repente Clubin exclamó:

—Maldito seas! Acabas de dar un golpe en falso. Vas á causarnos averías. Mereces un presidio. ¡Quítate de ahí, borracho!

Le hizo quitar y se apoderó del timonel.

El timonel, humillado, se refugió en el extremo de la proa.

El guernesiano dijo:

—Ahora nos hemos salvado.

La marcha del buque continuó rápida. Hácia las tres, las capas bajas de la bruma empezaron á levantarse y volvieron á ver el mar.

—No me gusta eso, exclamó el guernesiano.

Efectivamente, solo puede levantar la bruma el sol ó el viento. Si la levanta el sol es buena señal, pero no si la levanta el viento. Para que la levante el sol era ya demasiado tarde. A las tres de la tarde, en Febrero, el sol se debilita, y no es deseable el viento que se levanta al llegar á este punto crítico de la jornada; con frecuencia anuncia el huracán.

Pero si soplaban alguna brisa, apenas se percibia.

Clubin, con la vista fija en la bitácora, sin separarse del timon, murmuraba entre dientes palabras poco tranquilizadoras, que llegaban hasta los oidos de los pasajeros.

—No se puede perder ni un minuto; ese borracho nos ha retrasado.

Sin embargo, su fisonomía parecia impasible.

El mar estaba menos dormido bajo la niebla. Se veian algunas olas blanquecinas y luces heladas flotaban en la superficie del agua. Estas manchas de luz en las olas preocupan á los marinos, porque indican que ha hecho agujeros en el techo de la bruma el viento superior. La bruma se levantaba, pero volvia á bajar más densa. Habia momentos en que la opacidad era completa. El buque estaba como varado en un banco de niebla. Por intervalos el temible círculo se entreabría como una tenaza, dejaba ver un

pedazo de horizonte y volvia á cerrarse. El guernesiano, con el anteojo de larga vista, permanecia como un centinela en la proa del buque. De pronto se vió algo de claridad, pero se desvaneció inmediatamente.

El guernesiano se volvió azorado.

—Capitán Clubin!

—Qué hay?

—Vamos rectos á los Hanois.

—Os engañais, le contestó Clubin friamente.

El guernesiano insistió:

—Estoy seguro.

—Es imposible.

—Acabo de divisar rocas en el horizonte.

—Dónde?

—Allá.

—Es ilusion vuestra.

Clubin mantuvo la proa hácia el punto que indicaba el pasajero.

El guernesiano volvió á coger el anteojo y á mirar con él. Un momento despues corrió hácia la popa.

—Capitán!

—Qué quereis?

—Virad de bordo.

—Por qué?

—Porque estoy seguro de haber visto un peñasco muy alto y muy cercano, que es el Hanois mayor.

—Habreis visto un poco de niebla más densa.

—Es el Hanois mayor. ¡Virad de bordo en nombre del cielo!

Clubin dió un golpe al timon.

V.

Clubin causa admiracion.

Se oyó un gran crujido en el buque. El rompimiento del costado de un barco contra un bajío en alta mar es el ruido más lúgubre que imaginarse puede. La *Duranda* se paró de repente.

El choque hizo caer y rodar sobre la cubierta á algunos pasajeros.

El guernesiano, levantando las manos hácia el cielo, exclamó:

—Los Hanois! Ya lo decia yo!

Resonó en el buque un grito prolongado:

—Estamos perdidos!

La voz de Clubin, seca y breve, dominando el tumulto, tronó:

—Nadie está perdido! Silencio!

El cuerpo negro de Imbrancam, desnudo hasta la cintura, salió por la escotilla. Este dijo con calma: